Fuera de VALIJA

29 Enero 49

nº 162 LAS BUENAS NOTICIAS

PARECE ser que el mundo ha llegado ya a un punto de saturación de malas noticias que probablemente no va a ser posible superar. La mala noticia es la base del periodismo moderno, del periodismo sensacionalista que sólo considera buena noticia la que es mala. Esta paradójica situación tuvo su origen en una época del mundo relativamente feliz, en que la venturosa humanidad no disponía más que de unas pocas catástrofes al cabo del año. Entonces el suceso calamitoso e infortunado era lo raro, lo extraordinario, lo sensacional, y los periódicos cultivábanlo amorosamente para sacarle todo el partido posible. Un crimen, una inundación, un incendio, un incidente internacional, la explosión de una bomba, cualquier hecho dramático y catastrófico constituían una verdadera bendición para los periódicos, que, con tal motivo, se vendían más que de costumbre. La vida del lector de periódicos transcurría a la sazón con una placidez que llegaba a hacerse aburrida por lo monótona, y por eso necesitaba de cuando en cuando la fuerte sacudida de alguna mala noticia. Un atraco a medianoche o el naufragio de un bergantín resultaban entonces muy emocionantes y proporcionaban al lector de periódicos esa dosis de terror que necesitan a veces los bienaventurados para no caer en un excesivo estado de molicie y euforia. De ese modo las noticias malas para la humanidad, porque se referían a sucesos aciagos, se convirtieron en buenas noticias para los periódicos, al extremo que el periodismo sensacionalista de nuestros días no considera noticia más que la noticia mala. La vida feliz de un individuo o de un pueblo carece, en efecto, de interés periodístico. Los periódicos empiezan a interesarse por una persona cuando la atropella un autobús, y por un pueblo cuando lo arrasa un ciclón. Así ha ido formándose esa técnica periodística que consiste en llenar la primera plana de los diarios con títulos espeluznantes y con informaciones sanguinolentas. Es muy posible que al verse retratada en los periódicos de ese modo la humanidad, con tintas tan dramáticas, se haya esforzado en acentuar por su parte la nota funesta y luctuosa, hasta el punto de que la prensa no pueda recoger ya en sus páginas todas las desgracias, todas las malas noticias que proporciona diariamente la infeliz humanidad. Al periodismo sensacionalista le ha ocurrido como al aprendiz de brujo; ha desencadenado fuerzas terribles que luego no puede dominar. En la guerra última y en las angustias presentes de la postguerra, las calamidades, las matanzas y los sucesos terroríficos han tomado tal volumen que desbordan la capacidad sensacionalista y catastrófica del periodismo. Al periodismo le convenía, por ejemplo, que una bomba matase a un ministro y a sus acompañantes de tiempo en tiempo; pero cuando en nuestra época estallan bombas atómicas que pueden destruir hasta el último vestigio de vida en un pueblo, la realidad dramática excede de las conveniencias normales del periodismo; La mala noticia esporádica que servía de excitante para el lector y le infundía un poco de miedo, el indispensable para interesarlo por la lectura del periódico, ha llegado a convertirse en algo tremendo, siniestro, múltiple y cotidiano, hasta estragar totalmente al lector. Ante tal exceso de adversidades, había de llegarse forzosamente a una subversión total de valores que permitiese rehacer en sentido inverso el proceso que había conducido a transformar en buena una mala noticia. Antes, la mala noticia se hacía buena no por ser buena, sino por ser escasa. Y ahora ocurre lo contrario: que las noticias escasas son las buenas. De donde resulta que las buenas noticias son en nuestros días las realmente buenas. Así lo ha comprendido un periodista checoeslovaco refugiado en los Estados Unidos, Robert B. Jung, quien ha comenzado a publicar en Manhattan un "Good News Bulletin" o "Boletín de Buenas Noticias". Jung supone que el lector está ya suficientemente aterrorizado por la lectura de tantas noticias dramáticas acerca de la guerra en China y en Palestina, del hambre en Europa, de la amenaza de otra guerra mundial, de los progresos científicos para destruir a la humanidad, de las inundaciones, incendios y calamidades que llenan al mundo de luto y ruinas, y pregunta al despavorido lector: "¿Tiene usted ya su dosis diaria de catástrofes, crisis y desdichas?" Y a continuación le ofrece las noticias más venturosas y paradisíacas que puede proporcionar la actualidad: "Arabes que viven en paz con judíos... Los Soviets dan las gracias a los cuáqueros norteamericanos... En Pensilvania habrá mejor agua potable... Baja el precio de la carne... Un matrimonio feliz..." Estas buenas noticias resultarán de momento extrañas y hasta insulsas. Pero, dada su rareza, acabarán, quizá, por ser muy excitantes y embriagadoras. Cuando todo el mundo sea atropellado por los autobuses urbanos resultará en verdad una noticia sensacional y apasionante la que nos informe de que cualquier caballero ha salido de casa a dar un paseo y ha regresado a su domicilio felizmente, sin el menor desperfecto en su persona. La iniciativa periodística de Robert B. Jung resulta, pues, de un interés formidable y de un valor benéfico excepcional. Está llamada a alcanzar un brillante porvenir, no porque supongamos que en lo sucesivo van a abundar las buenas noticias, sino precisamente porque van a escasear. Cuando menos buenas noticias haya, mejores serán como noticias y más sensacionales parecerán las buenas noticias que nos ofrezca esa original y benemérita publicación. Para los refugiados españoles su lectura nos va a resultar singularmente grata, pues en ese "Boletín de Buenas Noticias" es donde podremos leer la buena, excelente, magnífica noticia de que ha reventado el Generalísimo ese. Que sea pronto.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1351